

CUENTO

TECUCIZTECATL

Roberto Mares / Taller de Cuento *Punto de Partida*

Un día, Tecuciztécatl, cansado ya de su ciudad de obeliscos y piedras talladas, se fue por donde el sol palidece y el aire se vuelve frío. Anduvo muchos días, y muchas noches descansó bajo las estrellas del norte, hasta que alcanzó la región donde la tierra se vuelve blanca y cristalina. Ahí permaneció durante trece días, tocando su flauta y su pequeño tambor, evocando sus malezas y sus pirámides cubiertas de sol. Pero, el llegar la noche decimotercera, fue atacado por un oso enorme y de incontenible voracidad que se lo tragó casi íntegro, dejando solamente un reguero de huesos blanquecinos sobre la nieve roja.

Y Tecuciztécatl descendió a la región de los muertos, y ahí se instaló, con su flauta y su tambor, en una gruta de la montaña que domina al valle de las sombras; se sentó sobre una roca a la entrada de la cueva y se puso a tocar una canción sin tiempo, sin dolor, sin alegría.

Por siglos tocó la misma tonada, hasta que los dioses, aburridos del monótono canto, decidieron arrojarlo de sus dominios. Para esto se juntaron, se congregaron en las profundidades de la cueva y desde ahí soplaron fuertemente hacia el exterior. Tecuciztécatl cayó rodando montaña abajo y no se detuvo hasta llegar a una planicie partida por un río muy ancho, en cuya ribera se sentó a contemplar el correr de las aguas y a tocar su interminable melodía. El espíritu del agua se irritaba con los acordes de la flauta y el golpeteo del tambor, y se puso a girar y a girar en sí mismo hasta producir un potente remolino que succionó a Tecuciztécatl y lo arrojó en el vacío que se extiende más allá de las tinieblas, y su música se fue con él, desintegrándose y expandiéndose juntos en la nada primordial.

Y todo era olvido y eternidad. Y Tecuciztécatl ya no existió, pero giraba lentamente en anillos concéntricos que se fueron cerrando hasta formar un núcleo espeso. Tecuciztécatl volvió a sentir; un líquido dulce lo mecía; percibió la oscuridad y el calor. La sensación fue creciendo y se hizo muy intensa. Y Tecuciztécatl fue arrojado con violencia desde la espesura de la sombra y se sumergió en un fuerte resplandor que lo cegaba y el aire lo penetró con dolor. Gritó, y su grito le llenaba el espacio de colores difusos y de sonidos huecos. Durante algún tiempo solamente dormía, gritaba y soñaba: pero sus sueños no tenían imágenes ni palabras: eran sueños musicales, llenos de armonías nostálgicas y evocativas.

Pero el mundo se le fue llenando de realidades concretas: de calles, de automóviles, de edificios de piedra y cristal. Tecuciztécatl creció y se llamaba Juan. Durante el día trabajaba en una gran fábrica de artículos eléctricos, por la noche se encerraba en la penumbra de su habitación y practicaba horas enteras en su guitarra, componiendo canciones que no anotaba nunca porque su creatividad estaba muerta y siempre se producían los mismos acordes, las mismas notas. Juan buscaba desesperadamente una canción nueva y rasgueaba frenéticamente las cuerdas de su guitarra, pero las notas se arreglaban por sí solas en el aire, organizándose siempre de la misma manera.

Por eso sintió el deseo de abandonar su patria y su ciudad, y por eso se fue una mañana detrás del invierno. Nadie entendió su aventura; pero la noche fue clara, y alguien oyó murmullos en el viento.